

¡31 DE AGOSTO 1813!



RELACIÓN DE UN TESTIGO OCULAR

Nuestra ciudad, como otras, ha sufrido las convulsiones de la agonía del mundo antiguo, pero la más horrorosa, indudablemente, fué la que experimentó el nefasto día 31 de Agosto de 1813.

De tan espantoso suceso, existen en su archivo municipal documentos valiosos que dan una idea clara de los días de desolación y llanto sufridos por los vecinos de esta hermosa capital de Guipúzkoa, cuyas fúnebres páginas nos dicen lo siguiente:

«No hay ejemplar en la Historia de catástrofe semejante, pues aunque las únicas que pueden compararse con la destrucción de San Sebastian son la de Troya por los Griegos y la de Jerusalem por los Romanos, no tienen la circunstancia, casi increíble, de haber causado la de San Sebastián los que se llamaban amigos y aliados de una nación á la que pertenecía esta ciudad que fué desgraciada y digna por cierto de mejor suerte.

En 28 de Junio aparecieron algunas partidas de los batallones de Guipúzkoa con su jefe D. Gaspar Jauregui (a) *el Pastor* en el alto de San Bartolome, á cosa de las dos de la tarde, y enseguida los demás batallones, comandados por el señor Ugartemendía, causando su vista una alegría inexplicable á todos los habitantes de la ciudad, y no bien empezaron á hacer fuego sobre la guardia que los franceses tenían en aquel monasterio, cuando inmediatamente estos dieron fuego uno por uno á todos los edificios extramurales del barrio de San Martín y de Santa Catalina y dado principio á tomar otras disposiciones para la defensa de la plaza. Dicho día 28 y el 29 algunos vecinos huyeron de

ella y cuanto quisieron fugar todos, se les prohibió por el general francés Rey, que pocos días antes vino á mandar la plaza y quedo dentro de ella la mayor parte del vecindario, así como todos sus caudales, alhajas, muebles y efectos de comercio y otros, que tampoco permitió sacar, ni aun antes lo permitian, pues era un crimen tratar de extraerlos fuera de la ciudad.

Los batallones de Guipúzcoa y Bizcaya que vinieron al sitio de la plaza fueron relevados por tropas Británicas y Portuguesas de las divisiones que mandaba el Teniente General Sir Tomás Graham y empezaron primero á batir con cañones al monasterio de San Bartolomé donde pusieron una gran guardia avanzada los franceses, y después de destruido, así el convento como la iglesia por su frontis, atacaron de firme y con bastante pérdida de una y otra parte se apoderaron los aliados. Inmediatamente formaron una nueva formidable batería en el Campo Santo, pegante á la huerta de aquel monasterio, para batir á la muralla del frente, en particular al fuerte de entre el juego de pelota y la Zurriola. En los arenales de San Francisco pusieron también otra batería de cañones y morteros ú obuses para batir en brecha la muralla de la Zurriola, desde la casa de Lardizabal hasta dicho fuerte de la Zurriola, y cuando se empezó á batir, se notó que los aliados no tenían ningún miramiento por la ciudad, pues que disparaban granadas sobre los edificios, de modo que el 25 de Julio ardían dos calles. Se suspendió la prosecución del sitio por la entrada que hizo el general francés Soult en Navarra y durante esta suspensión pudo atajarse el fuego por los vecinos ayudados de los mismos franceses.

Los vecinos que se hallaban fuera de la ciudad habiendo notado que las tropas aliadas no hacían el sitio como era de esperar de parte de los amigos y aliados, recurrieron el 4 de Agosto al Excmo. Sr. Lord Welington, Duque de Ciudad Rodrigo, en la forma siguiente: «Los »infrascritos vecinos de la ciudad de San Sebastián, que habiendo podido salir de ella antes de formalizarse el sitio han fijado su residencia en esta villa (Pasajes), se ven precisados á llamar la atención de »V. E. sobre la suerte deplorable de su patria y de los desgraciados »habitantes que no habiendo podido fugarse se hallan bajo el yugo de »los enemigos. La ciudad de San Sebastián, que siempre se ha distinguido en fidelidad y amor á sus soberanos, fué de las primeras que »manifestó el horror que causó la perfidia con que fue engañado nuestro adorado rey Fernando. Son bien notorias en todas las naciones

»las demostraciones de desprecio con que recibió al rey intruso, cuando éste por Julio de 1808 afligió con su presencia á la ciudad, así como las prisiones que han sufrido muchos de los vecinos por la adhesión á la gloriosa causa que sostiene la España y las graves contribuciones y malos tratamientos con que ha sido oprimido todo el vecindario, por no haber podido disimular jamás sus sentimientos patrióticos y su odio al ilegítimo gobierno. Un vecindario tan recomendable por los motivos insinuados se halla en el día sin agua y entregado á los horrores del hambre, á continuas vejaciones y ultrajes de la guarnición y estrechado á ocupar las dos terceras partes de su recinto por haber sido abrasada la otra, con el fuego de las bombas y granadas, que por el ejército sitiador se han tirado sobre los edificios en los días que ha sido batida en brecha la plaza. Los exponentes no pueden mirar con indiferencia la situación lamentable de sus hermanos y pesa muy poco la pérdida de sus propiedades abrasadas, en comparación de la idea que forma de la futura suerte de aquellos infelices pues que el rigor usado hasta aquí, *agregado á algunos que han llegado á su noticia*, les hace temer que al tiempo del asalto peligran las vidas de los habitantes. En este conflicto creen propio de su deber implorar la justificación y notoria clemencia de V. E. á fin de que si en sus profundos planes entra en activar desde luego el sitio de San Sebastián como desean los exponentes, se digne dar las convenientes órdenes para que no se tiren sobre el casco del pueblo bombas ni granadas y *que al tiempo del asalto se trate á los habitantes con la humanidad y dulzura* que forman el carácter de V. E. y el de las valerosas tropas que sitian la plaza. Los exponentes, noticiosos de la bondad y justicia de V. E. se entregan á las más lisonjeras esperanzas sobre la favorable acogida que á esta humilde súplica prestará V. E. á quien rinden con este motivo el justo tributo de su admiración y profundo respeto». Firmaron 21 vecinos.

Esta exposición que dirigieron al Cuartel general de Lesaca á manos del Mariscal de Campo de los Ejércitos Nacionales D. Miguel de Alaba mereció el 6 de dicho mes de Agosto la siguiente contestación:

«Muy Sres, míos: Siento que la indisposición que padezco no me permita el escribir á Vdes. con la extensión que deseaba; así solo me limitaré á decirles que recibí ayer el oficio que Vdes. me remiten para el Sr. Duque de Ciudad Rodrigo. He creído conveniente no dar curso á dicha instancia, primero por que está fundada bajo un supues-

»to falso, pues que los ingleses no pueden haber tirado bombas respec-
 »to á no tener mortero alguno, y si han tirado alguna granada habrá
 »sido solamente á la muralla y no haber podido causar daño alguno á
 »la ciudad. Así se ha practicado en Badajoz y Ciudad Rodrigo y así se
 »practica siempre por el Lord en cuantas plazas españolas y portuque-
 »sas ha sitiado hasta aquí, y no hay razon alguna que haya podido
 »hacer variar á S. E. de esta conducta tratándose de una ciudad tan-
 »benemérita como esa y cuyo mérito lo sabe tan bien como yo. El
 »fuego que ha destruido las casas que se hallan al frente de la brecha,
 »fué puesto por los enemigos con el fin de defenderla como se acos-
 »tumbra en tales casos, según lo exigen las reglas del arte en tales
 »ocasiones, así que no puede imputarse á los ingleses este desgraciado
 »acontecimiento. En cuanto á la conducta que podrán observar las
 »tropas en el momento del asalto, pueden Vdes. vivir seguros que
 »S. E. tomará y habrá tomado cuantas determinaciones sean posibles
 »con el fin de evitar cualquier desorden, pero ni S. E. ni el primer
 »general del mundo pueden asegurar esto si el asalto es de noche; ni
 »tampoco si siendo de día hay mucha resistencia en la Brecha. Cuan-
 »tos saben lo que es una plaza tomada por asalto y cuantos han sido
 »testigos de semejantes operaciones están convencidos de esta verdad,
 »sin que hasta ahora se haya hallado un remedio para este mal en
 »cuantos ejércitos tiene Europa. Si Vdes. van á hacer caso de hablillas
 »y de dichos de gentes, que no tienen mando ni influjo alguno con
 »que pueda tenerlo, tendrán Vdes. mucho que hacer con solo oír ta-
 »les cuentos. Estos son dichos de gentes que nada saben y que no de-
 »ben llamar la atención de Vdes., bien persuadidos de que Lord We-
 »lington en quien se dan las manos todas las calidades militares no
 »pierde medio ni circunstancia alguna en favor de la plaza de San Se-
 »bastián y de sus desgraciados habitantes.

»Vivan Vdes. persuadidos de esta verdad asi como del verdadero
 »interés que les profesa su afmo. servidor y compatriota q. s. m. b.,

Miguel de Alaba. »

A pesar de esta respuesta fueron en Diputación á Lesaca D. José M.^a de Leizaur y D. Joaquín Gregorio de Goicoa, vecinos de San Sebastián (que se hallaban fuera de ella) á representar al Sr. Alaba lo mismo, é indicarle de paso un proyecto ¹ para apoderarse del castillo

(1) Dícese que el proyecto indicado fué el plan que tenía dispuesto el Comandante Ugartemendía, de apoderarse de la plaza de San Sebastián

al mismo tiempo que de la plaza. El Sr. Alaba insistió en lo que dijo por escrito, repitiendo que el Lord era noticioso de los sentimientos patrióticos que animaban á los ciudadanos de San Sebastián, en cuyo favor tenía expedidas las más estrechas órdenes y el mismo Sr. Alaba elogió altamente á la ciudad y la recomendó eficazmente al Excelentísimo Sr. D. Manuel Freire que á la sazón se hallaba presente.

Los vecinos que se hallaban dentro de la plaza sufrían entre tanto de parte de la guarnición francesa demandas extraordinarias con amenazas de muerte y llegaron á causar tantos recelos á los franceses que el 7 de Julio fueron obligados á entregar las cuerdas, escaleras, picas, palas, azadones y toda herramienta de carpintería y cuantas armas tuviesen en sus casas, pena de ejecución militar, como lo hicieron sin dejarles ni el espadín más inútil. No se les permitió tampoco pasar una Diputación, como pretendían, al general sitiador á fin de que no tirasen granadas sobre los edificios.¹ No obstante los vecinos sufrían muchos trabajos con la esperanza de que verían pronto dentro de la plaza á los que llamaban sus libertadores y amigos; pero fué extraordinaria la tristeza de todos los habitantes cuando en el asalto del 25 de Julio fueron rechazados los aliados y vieron entrar prisioneros ingleses y portugueses.²

La ciudad al instante los socorrió con vino, chocolate, camisas, camas y otros auxilios. Los heridos ingleses que fueron colocados en la parroquia de San Vicente eran cuidados por el Dr. D. León Luis de Gainza, párroco que era á la sazón, con tanto esmero que él mismo, apoyado en los brazos, los sacaba á orearlos y pasear al atrio, recibien-

con solos los tres batallones de Guipúzcoa y los de Bizcaya, sostenidos por los aliados, y lo hubiera verificado con muy poca pérdida de gente, desde el castillo, pues apoderándose de esta fortaleza ya la plaza estaba rendida: el sitio detrás del castillo y el tiempo lo convidaban.

(1) Parece que, así como hicieron sus recursos los comisionados y vecinos de San Sebastián que se hallaban fuera de la ciudad, sus habitantes también quisieron hacer sus ruegos á los sitadores, mas los franceses no les permitieron.

(2) Este ataque, se dice, fué prematuro, pero muy considerado, para atribuir á los habitantes de San Sebastián, de que habían tomado partido con los franceses: para que con este y otros pretextos que urdieron cometiesen los excesos cometidos y premeditados de muy allá, como lo aseguraban los mismos ingleses y portugueses, de que San Sebastián había de ser arrasado y muertos todos sus habitantes: que así lo tenía mandado el Sr. Castaños.

do también iguales auxilios de parte del presbítero y beneficiado don Joaquín Sant.^o de Larreandi los prisioneros que se pusieron en el local de la carcel que era el colegio que fué de los jesuitas. Además todos los habitantes según sus posibles socorrian con limosnas pecuniarias, buen caldo y otras cosas á dichos prisioneros, y habiendo causado celos á los franceses esta asistencia y las visitas que se hacían á los tres oficiales prisioneros, los pusieron también á estos en la referida carcel y después los subieron al castillo.¹

Después de haber rechazado á Soult, reforzaron las baterías del arenal de San Francisco y San Bartolomé, aumentaron otras, así como en Ulía, Santa Catalina y Santa Clara; hicieron varios caminos cubiertos desde la Amara y Misericordia hasta muy cerca de los fosos á medio tiro de pistola por la parte de hácia San Martín y hasta la Zurriola por la de Santa Catalina. Contenían todas las baterías cerca de ochenta cañones de gran calibre, incluso tres ó cuatro morteros y otros tantos obuses con los que batieron la muralla general y cubo para hacer perder sus fuegos, como lo consiguieron en la mayor parte; por la parte de Ulía y arenales batían las murallas de la Zurriola, el baluarte de hácia el juego de pelota, Mirador y castillo: desmoronaron la muralla de la Zurriola, incluso el baluarte del juego de pelota, mas no abrieron brecha en medio de tanta bala crecida con que sacudían la muralla, causando bastante daño en los edificios de la calle de San Juan, Atocha, Lorenzo, Vildósola y aun en la Zurriola hasta la casa de Izquierdo exclusive que existe detrás de la sacristía de San Vicente, de modo que hasta el segundo asalto que fué el día 31 de Agosto se contaban por aquella parte sesenta y tres casas quemadas, y destruidas las más de ellas por el fuego de las baterías de los aliados, pues algunas pocas las quemaron ó destruyeron los franceses para poner en descubierto la Brecha y hacer paredones y otros embarazos de defensa como lo hicieron frente á ella para oponerse el día del asalto.

(Se concluirá)



(1) Ya hubo un complot de hacer tomar las armas y apoderarse del castillo en el ardor del ataque que diesen los aliados; mas se presume fuese descubierto, pues la noche anterior al día del ataque los subieron al castillo á los prisioneros.

¡31 DE AGOSTO 1813!



RELACIÓN DE UN TESTIGO OCULAR

(CONCLUSIÓN)

Llegó por fin el día 31 de Agosto, día deseado por los habitantes de San Sebastián, pero fatal y desgraciado por los horrores que experimentaron de parte de sus amigos y aliados.¹

La plaza fué asaltada por la parte de la Zurriola á las once de la mañana (figuraba también un desembarco por detrás del castillo, á cuyo fin en unas sesenta ó setenta lanchas vino tropa inglesa á tiro de cañon con tres cañoneras y dos bombarderas que contribuyeron por la parte de la Zurriola con sus fuegos).

Los capitulares y vecinos notables que existían en la plaza se hallaban congregados en las salas consistoriales para salir al encuentro de los aliados, despreciando el peligro de tanta bala, granada y bomba que cruzaba por las calles y casas, y todos sus habitantes dentro de las mismas estaban orando por el feliz resultado de nuestras armas.²

(1) Es de advertir que los días 25 y 31 de Agosto fueron intimados á son de caja y voz deregonero los habitantes, para que se mantuvieran dentro de sus casas á puertas y ventanas cerradas. ¿Y cómo pudieron los habitantes ir á la Brecha contra los aliados que con tanta ansia los deseaban ver dentro de la plaza como á sus redentores?

(2) Desde las once hasta la una estuvo indecisa la suerte, porque los aliados tenían que trepar mucho la muralla desmoronada y hallaban formidable resistencia en los franceses que defendían aquella parte, hasta que á estos les prendió fuego el repuesto de granadas que tenían en la muralla y acabó con muchos, en particular con los que venían con repuestos de cartuchos y otros incendiarios, y creyendo en aquel acaloramiento

No bien sintieron tiros dentro de las calles, ven correr á los franceses y que en su seguimiento entraban los ingleses y portugueses, y aunque los más prudentes se mantuvieron dentro de sus casas con las ventanas cerradas, la mayor parte de los habitantes, no pudiendo con- tener la efusión de su corazón se asomaron á balcones y ventanas, unos gritando á los aliados para que avanzasen con toda seguridad pues que habían huido los franceses hácia el castillo, y otros agitando los pañuelos daban de gozo voces desconcertada para vitorear á los aliados. Mas éstos, olvidándose de perseguir á los franceses, de la disciplina militar y de que venían en clase de amigos y aliados, convirtieron las armas contra los generosos habitantes y fueron muchos de ellos víctimas de aquella gozosa demostración, tales fueron el anciano y respetable Presbítero y Beneficiado jubilado D. Domingo Goicoechea y otras muchísimas personas de ambos sexos.

Al instante que penetraron en la plaza, y antes de desocuparla los franceses, empezaron los aliados á forzar puertas y saquear las casas, como lo verificaron, sacando luego lo mejor que encontraban fuera de puertas hácia los caseríos y convento del Antiguo.

Luego que se presentó una columna de los aliados en la plaza nueva (hoy de la Constitución), bajaron de la Sala Consistorial los alcaldes, abrazaron al comandante y le ofrecieron cuantos auxilios estaban en sus manos. Preguntaron por el General y pasaron inmediatamente para la Brecha por entre cadáveres, pero antes de llegar á la Brecha y averiguar dónde se hallaba el General, fué insultado y amenazado con sable por el capitán inglés de la guardia de la puerta de tierra uno de los alcaldes, quienes luego fueron bien recibidos por el General que estaba en la Brecha y les dió una guardia respetable para la Casa Consistorial; pero al mismo tiempo, como se ha dicho, se entregó la tropa al saqueo y á los mayores horrores y atrocidades.

Al caer la noche, cuando se creyó que por hallarse el enemigo aún

que sería alguna mina que prendía, se trastornaron y fugaron y dejaron expedita la entrada por aquella parte á los aliados, quienes perdieron más de dos mil hombres en la jarana. Un batallón portugués, durante el fuego, pasó toda la Zurriola en agua hasta medio cuerpo y penetró por la brecha ó abertura que tenían conseguida las baterías del arenal de San Francisco y entró en la plaza. Mientras el asalto jugaban todas las baterías con bala, metralla, bombas y granadas, como también desde la Zurriola las tres cañoneras y dos bombarderas.

al pié del castillo en el extremo de la ciudad, se contendría el soldado por su propia seguridad y por no perder el fruto del asalto, se notó que se aumentaba espantosamente el desorden:¹ horrorizaban los ayes y alaridos de las mujeres y niñas de tierna edad que eran violadas, las mujeres eran forzadas delante de sus maridos y las hijas á los ojos de sus padres: no hubo persona que no fuese maltratada, herida ó muerta, sin que nadie pudiera dar razón de cuántos y quiénes fueron los que experimentaron esta última suerte, porque se encontraban familias enteras muertas dentro de sus propias casas, otras en los tránsitos ó puertas de casa, otras en las calles, y las enfermas é imposibilitadas ó heridas perecieron por falta de auxilio en los incendios de las casas.² Se vieron por las calles muchos vecinos en cueros y en camisa, despojados de sus vestidos, huyendo de la muerte que les querían dar los soldados, porque estos en tropel entraban en las casas y les intimaban diciendo: *dinero ó te mato*: daban á ellos lo que tenían entre manos ó les quitaban por fuerza dinero, relojes, pendientes y collares con violencia hasta romper la parte baja de las orejas de donde les colgaban, y otras alhajas y ropa que encontraban: salían unos soldados y volvían otros á hacer igual operación; tornaban otros y otros; de modo que por no tener para todos experimentaban todas las vejaciones ya dichas, teniéndose por feliz el que se escapaba con vida de sus manos. Muchas personas y especialmente mujeres de todas clases salvaron sus vidas metiéndose en los comunes y demás escondrijos de las casas: otros huyendo á los tejados en donde pasaron la noche que la hacían más horrorosa los continuos aguaceros que cayeron desde el anochecer y el lúgubre resplandor de las llamas á que fué entregada la ciudad por varias partes, dando principio por la casa de la viuda de Soto, que estaba en una de las cuatro esquinas de la calle Mayor. No

(1) Se ha oído á los que existieron dentro de la plaza, que el Jefe del Estado Mayor francés, en vista del desorden de los ingleses, quiso bajar del castillo á castigarles con mil hombres y que hubiera recuperado la plaza, á no haberle embarazado el General Rey y otros jefes, pretextando hallarse demasiado fatigada la tropa francesa.

(2) En una posada de Hernani, parece que refirió su patrón, que un portugués joven entró el día 1.º de Septiembre en una casa de la ciudad y encontró dentro cinco mujeres muertas y en medio de ellas una criatura viva; que compadecido agarró á la criatura, la envolvió en un trapo y la sacó fuera de la ciudad, entregándola á una mujer que encontró.

se oían aquella noche más que lamentos, gritos y tiros de fusil que disparaban los soldados dentro de las casas á los infelices habitantes.¹

Amaneció el día 1.º de Septiembre y aún seguían los horrores y el incendio, de modo que despavoridos los habitantes se presentaron al General y alcaldes para que les permitiesen su salida; salieron, pues, cuando pudieron, de la ciudad, y presentaba la vista de ellos el espectáculo más triste y espantoso: allí se veían personas acaudaladas, señoritas delicadas medio desnudas, otras en camisa y muchas heridas. Uno de los alcaldes pidió al General auxilio para cortar el fuego, y habiéndole dado una partida de portugueses, se excusaron á trabajar á pretexto de no tener útiles y herramientas. Al anochecer se hizo otra tentativa: lo mismo el siguiente día 2 por la mañana, en que una partida de portugueses trabajó también en apagar el incendio algunas horas, pero lo abandonaron á cosa de las nueve de la mañana. Desde entonces no se cuidó del incendio, que fué en aumento, sin que disparasen un tiro los franceses del castillo. El saqueo siguió no sólo por las tropas que entraron por asalto, sino por otras muchas que sin fusiles bajaron de los campamentos inmediatos de Astigarraga, que dista una legua.² Aun las tripulaciones de los transportes ingleses surtos en el puerto de Pasajes entraron á saquear, y duró el saqueo hasta que hubo efectos que robar, que fué el 7 de Septiembre; de modo que duró siete y medio días. Los vecinos que querían entrar á sacar algunos efectos, lograron muy pocos y con grandes recomendaciones el poder entrar en la Plaza, y al tiempo de sacar algunos parte de sus efectos, eran robados en las inmediaciones por ingleses y portugueses, y estos mismos insultos experimentaban los habitantes emigrados que se acercaban al camino real de San Bartolomé á ver y socorrer á sus deudos ó amigos que salían de la Plaza, pues andaban á bandadas los soldados robando, sin que hubiese una patrulla que los contuviese. El pueblo

(1) Una mujer viuda que auxiliaba á morir á su madre (y murió) á resultas de las heridas que le dieron por salir á defenderla, experimentó sobre la misma madre difunta su violación. A otra se le vió muerta en cueros amarrada á una barrica en las cuatro esquinas del arco de San Jerónimo atravesada una bayoneta por cuyos tristes alaridos antes de espirar estremecían hasta el cielo.

(2) Vieron repartir lo robado en la casería de Ayete donde estaba alojado el General Graham y también en otras casas de dentro y fuera de la ciudad vieron dar sus partijas de dinero y escoger las mejores alhajas y efectos á los oficiales por sus sirvientes y criados.

quedó sólo y abandonado por todos ó la mayor parte de los habitantes desde el día 2 y se vió poner fuego de intento á varias casas con cartuchos y mixtos á ingleses y portugueses. De 600 casas de que se componía esta ciudad, casi todas de tres altos, entre ellas muchos edificios suntuosísimos y muchos almacenes llenos de preciosos efectos y mercaderías, la hermosa plaza nueva y magnífica Casa Consistorial con el antiguo y precioso archivo, todas perecieron, menos unas 30 casas y las dos parroquias en la acera de la calle de la Trinidad al pie del castillo. Todos los Registros, escrituras de las diez numerías, los más de los archivos particulares, papeles y libros de comercio, así como los libros parroquiales de las dos parroquias fueron reducidos á cenizas, de modo que no hay ejemplar en la Historia de destrucción más horrorosa y de más fatales consecuencias. Más de cien millones de reales se perdieron en propiedades, caudales y efectos. Mil quinientas familias fueron reducidas á la mendicidad, sin abrigo, sin patria, sin saber dónde establecerse y á dónde volver los ojos.¹

Todo cuanto queda expuesto ha sido público, notorio y justificado.²

(1) Era la cosa más dolorosa, (dice un testigo,) ver salir á los infelices habitantes de la ciudad que quedaron con vida desde 1.º de Septiembre en adelante. Raro era el que salía sin lesión: unos heridos, otros golpeados y estropeados, todos casi desnudos y en particular el sexo femenino, cubiertos sus pechos con andrajos de cocina, servilletas y pañuelos ú otras piezas sucias y muchos con ropa ajena. Se acogieron muchas gentes en caseiros y pueblos comarcanos y aún lejanos. La pasión de ánimo les trajo así á ellos como á los que se escaparon antes del sitio enfermedades agudas y muchas tercianas, de modo que desde la toma de la plaza se contaban solo en la Parroquia del Antiguo ocho á diez cadáveres diariamente y á este tenor en Loyola, Alza, Pasajes, Rentería, Hernani y otros pueblos hasta Tolosa, de manera que cuando llevaban á enterrar era sabido que eran de San Sebastián. Por la misericordia de Dios (dice dicho testigo) no tenemos aquí dentro esta plaga, aunque alguna gente pobre y nuestros voluntarios caen enfermos; estos por su desnudez, poco alimento y mucha fatiga é inclemencia más que por otra cosa; todo esto hasta hoy 7 de Enero de 1814 en que concluyo este papel.

(2) El Ayuntamiento de esta ciudad á instancia de su Síndico pidió ante el Sr. Juez de 1.ª Instancia de esta provincia la justificación de todo y dicho Juez libró despachos para las justicias de esta ciudad, Pasajes, Rentería, Zarauz, Orio y Tolosa y habiendo recibido declaraciones hasta á unas 70 ó más personas, llegó una orden de la Regencia al Jefe político de la misma provincia para que con justificación le informase de las ocurrencias de San Sebastián al tiempo del asalto y días sucesivos: el Juez político comisionó al Dr. Camón, de Rentería; vino aquí con el Escribano de Andoain, recibió muy bien hasta quince declaraciones de testigos: se en-

Si todos los excesos se hubieran cometido á luego del asalto, mientras duraba la ira y el ardor del soldado no chocarían tanto: pero que se hayan ejecutado á *sangre fría y en una ciudad amiga, en siete días continuos* después que el soldado depuso la ferocidad consiguiendo al asalto sin haber puesto remedio alguno los Jefes, es lo que no tiene ejemplar en la Historia, y es lo más irritante, atroz y horroroso.

¿Y con qué pueblo se han ejecutado estos horrores? Con una ciudad antigua, fecunda en varones esclarecidos que por la carrera de las letras y las armas han prestado distinguidos servicios al Estado: la que vivificaba toda la industria y comercio del país: la que desconcertó al Rey intruso y sus ministros cuando entre bayonetas francesas lo despreció en 8 de Julio de 1808, al tiempo que se presentó dentro de su recinto, abandonando aquel día el pueblo los más de sus vecinos y habiendo cerrado los que quedaron las ventanas de sus casas por no verle, de modo que esta demostración de fidelidad á su legítimo soberano, causó la mayor admiración á los de la comitiva de José y á muchos americanos que escribieron una relación de este golpe de heroísmo, que sorprendió al mismo José, quien manifestó á uno de los alcaldes la viva impresión que le había causado.¹ Ejecutar, repetimos,

fermó y se retiró á casa, y á los cinco ó seis días llegó una orden de la Regencia al mismo Jefe político para que se le enviase la justificación, é inmediatamente le fué remitida.

(1) He aquí el recibimiento que se hizo á José á su llegada á la Plaza con aparato de Majestad. Todas las vidrieras de las casas de la Plaza nueva (hoy Constitución) estaban cerradas y sin gente los balcones. La calle de Esnategía (hoy Narrica) por donde hizo su entrada, estaba de colgaduras porque el Magistrado, de orden del General Tohuvenot, lo mandó por público pregón, y que á la noche se iluminase la ciudad. Pero ¿qué colgaduras y qué iluminación hubo? Excepto en alguna casa que otra de habitantes franceses, todo se redujo á cortinas viejas, apolilladas, y alfombras que se echan á los piés, cuando pocos días antes para el recibimiento del Infante Carlos se veía lo más precioso que tenían los habitantes: la iluminación era de algunas velas de sebo, cerillas en las puntas de palos blancos á modo de hachas de cera, velitas de resina ó chiribitas y candelas encendidas; de modo que al día siguiente algunos cabezas de familia fueron llamados por el Corregidor, á quienes les reprendió. La plaza, es cierto que estuvo iluminada en la forma acostumbrada, pero aunque el tamboril anduvo en la plaza no hubo concurrencia, ni siquiera á una niña se vió bailar. Los tamborileros, avergonzados, se retiraron de la plaza antes de las diez de la noche sin que nadie les mandase. En vista de esta y otras demostraciones observadas por los ministros, Aranza, Urquijo y otros y por el General Thouvenot, (que días antes había asistido al reci-

esos horrores con una ciudad que aun durante el sitio ha manifestado su heroica fidelidad á la causa de la Nación, negándose á los trabajos del sitio, en términos que por esta falta fueron suministrando socorros á los prisioneros ingleses y portugueses cogidos el 25 de Julio, así el Ayuntamiento como los particulares y aun señoritas que á porfía pasaban al hospital con camisas é hilas, á curar á los oficiales ingleses y luego estas mismas y otras fueron violadas, atropelladas, robadas, heridas y algunas muertas: saqueados todos los habitantes, quemadas sus casas, al mismo tiempo que se veía (¡qué dolor!) dar cuartel al francés cogido en el acto del asalto con las armas en la mano y era recibido con los brazos abiertos y con otras demostraciones de amistad y benevolencia, que chocan mucho más comparándolas con las

bimiento del Infante tan placentero y loco de este pueblo), pateaban y echaban casi espuma por la boca, diciéndoles mil desatinos á los alcaldes y demás empleados. Y José, después que les manifestó su sentimiento, se desahogó con uno de los alcaldes diciendo por los habitantes: *un error no es delito; otra vez que vuelva á esta ciudad me recibirán mejor*. Pero no ha llegado este caso. Aquella tarde se paseó por el muelle y las mujeres se le ponían de espaldas, y al pasar José por *kai-arríba*, se decían unas á otras en su idioma bascongado: «*Guk ez degu nai au, bost eta bi beardegu guk*», esto es: «á Fernando VII que son cinco y dos.» Subió después José al castillo y dando vuelta por San Telmo se fué á la casa Ayuntamiento donde comió con algunos de los suyos; ninguno de los capitulares le acompañó, cuando con el Infante todo fué unión y placer. Quiso José (no se sabe si por influjo de algún ministro, que sería lo más cierto) manifestar que guardaba Religión y como el día siguiente era festivo, se dispuso una misa rezada para que la oyese: en efecto fué con la comitiva á Santa María; el Cabildo eclesiástico le recibió (no podía menos porque así le mandaron) bajo palio: se le tenía preparado junto al altar Mayor al lado del evangelio su asiento ó trono y se colocó en él. Concurrió á la novedad mucho pueblo y quedaron escandalizados porque no le vieron persignarse, ni supo cuándo arrodillarse ni tampoco ejecutar las ceremonias que se hacen durante la misa; y si antes le despreciaron al tiempo del recibimiento, no les causó menor sensación lo que observaron en él en la Iglesia, y á boca llena se decían en bascuence unos á otros, «*au judua da*». Salió de la Iglesia con la misma solemnidad que entró y luego prepararon los coches y caballería de su guardia y salió con la misma frialdad de parte del pueblo, que cuando entró.

Existían todavía en San Sebastián varios cuerpos y oficiales españoles que después se escurrieron hacia Bilbao, Santander y otros puntos por huir de los franceses y no tuvieron lenguas para ponderar la fidelidad de los habitantes de San Sebastián, comparando el recibimiento del Infante con el de José. Igual sensación causó también á muchos capitanes, pilotos y comerciantes americanos que con sus barcos se encontraban en este puerto y en el de Pasajes y asistieron á ambas escenas.

atrocidades ejecutadas con los vecinos aun los más notables, como el primer alcalde, que fué maltratado extraordinariamente y obligado á enseñar casas para ser saqueadas, etc.

Terminamos este triste relato insertando á continuación la cuenta y relación circunstanciada de agravios que los comisionados de la ciudad y consulado de San Sebastián formalizaron sobre datos é informes auténticos, por los daños y perjuicios de toda clase padecidos por el vecindario con motivo del incendio y destrucción completa que sufrió la plaza en el año de 1813, después de la toma por asalto, de manos de las tropas británicas y portuguesas, al mando del Excmo. Sr. Generalísimo Lord Welington, como todo consta de la solemne información judicial y declaraciones contextes y juradas de setenta y cinco testigos.

Pérdida del valor material de 600 casas destruidas por el incendio y valuadas como sigue:

| | <u>Reales</u> |
|--|---------------------------|
| 25 casas de 1. ^a clase á 300.000 reales una con otra. | 7.500.000 |
| 50 id. de 2. ^a » á 200.000 » » » » . . | 10.000.000 |
| 125 id. de 3. ^a » á 150.000 » » » » . . | 18.750.000 |
| 125 id. de 4. ^a » á 100.000 » » » » . . | 12.500.000 |
| 125 id. de 5. ^a » á 80.000 » » » » . . | 10.000.000 |
| 75 id. de 6. ^a » á 50.000 » » » » . . | 3.750.000 |
| 75 id. de 7. ^a » á 25.000 » » » » . . | 1.875.000 |
| La Casa Ayuntamiento y Consulado con todos sus adornos y pertenecidos | 1.600.000 |
| Los demás edificios públicos pertenecientes á la ciudad, como Carnicería, Pescadería, Escuelas, Cárceles, etc. | 800.000 |
| Pérdida del ajuar, muebles y demás efectos de las 600 casas particulares destruidas, valuadas en | 11.275.000 |
| Pérdida de existencias de frutos coloniales y otros efectos en 45 almacenes y lonjas. | 10.500.000 |
| Pérdida de géneros y efectos existentes en 164 tiendas. | 5.755.000 |
| Pérdida de muchas alhajas de oro y plata, diamantes y otras piedras preciosas y cantidades crecidas de dinero efectivo, destruidas por el incendio | 800.000 |
| Valor total de las pérdidas de San Sebastián por el incendio de la plaza en 1813 | <u>Reales 102.305.000</u> |

sin incluir la destrucción de los archivos públicos, Registros parroquiales, numerias, libros de comercio y otros documentos y papeles del mayor interés, por ser esta pérdida incalculable.»

Asolada, pues, como ninguna nuestra querida ciudad, no era creíble tornara á levantar cabeza de entre sus escombros, pero apenas transcurridos algunos años, la contemplamos hecha el emporio de la belleza y de la cultura de uno y otro lado de los Pirineos.

A la amabilidad del celoso é inteligente archivero municipal, nuestro estimado amigo D. Baldomero Anabitarte, debemos la precedente copia.

A TODOS LOS SANTOS



Patriarcas que fuisteis la semilla
 Del árbol de la fé en siglos remotos,
 Al Vencedor divino de la muerte
 ¡Rogadle por nosotros!

Profetas que rasgasteis inspirados
 Del porvenir el velo misterioso,
 Al que sacó la luz de las tinieblas
 ¡Rogadle por nosotros!

Almas cándidas, santos inocentes
 Que aumentais de los ángeles el coro,
 Al que llamó á los niños á su lado
 ¡Rogadle por nosotros!

Apóstoles que echasteis en el mundo
 de la Iglesia el cimiento poderoso,